

La Araucana: conflicto y unidad

por Bernal HERRERA
(Harvard University)

1. *Omnia secundum litem fiunt*

El mundo como campo de batalla y producto de fuerzas en permanente pugna: he aquí una de las visiones más antiguas de la tradición filosófica occidental. Entre los griegos aparece en Anaximandro, es desarrollada por Heráclito y culmina en Empédocles de Agrigento, para quien el mundo es producto de la permanente confrontación entre dos fuerzas, Amor y Discordia, que, actuando sobre los cuatro elementos básicos: tierra, agua, aire y fuego, originan y destruyen todos los entes concretos. Para Empédocles como para Heráclito lo único estable es, paradójicamente, la ley del cambio, afirmando todos estos filósofos la unidad del mundo, regido en su totalidad por las mismas leyes. Con Parménides esta unidad se fractura, y tanto en Platón como en Aristóteles el mundo material-sensible está regido por el cambio, mientras que las ideas en un caso y el mundo supra-lunar en otro son concebidos como inmutables. Posteriormente, y debida a la influencia que ejercen en el pensamiento medieval tanto Platón, a través de San Agustín y Plotino, como Aristóteles, recodificado y cristianizado por San Alberto y Santo Tomás, se impone la visión de un universo constituido por una jerarquía ontológica inmutable. No será sino hasta el derrumbe de las concepciones medievales cuando autores como Maquiavelo y Hobbes reformulen la visión agonista, proceso que, iniciado en el campo del pensamiento político, irá extendiéndose hacia otras disciplinas para rematar en autores como Marx, Nietzsche, Darwin y Freud. Este último ve la relación entre sus ideas y las de Empédocles, detallándola en *Analysis terminable and interminable* (1937).

¿Qué relación tiene *Ercilla* con todo esto? Mucha: la imagen del hombre planteada en *La Araucana* responde a esta visión. Podría parecer que tanto el encuadramiento de *Ercilla* en tales esquemas como el relacionarlo con pensadores tan distantes e inesperados como los filósofos presocráticos es, cuando menos, arbitrario. El siguiente texto, publicado en Valencia en 1514 y probablemente conocido por *Ercilla*, debería convencernos de que no es así:

Todas las cosas ser criadas a manera de contienda o batalla, dize aquel gran sabio Eráclito en este modo: "*Omnia secundum litem fiunt*". Sentencia a mi ver digna de perpetua y recordable memoria... Hallé esta sentencia corroborada por aquel gran orador y poeta laureado, Francisco

Petrarcha, diciendo: "Sine lite atque offensione nihil genuit natura parens": 'Sin lid y ofensión ninguna cosa engendró la natura, madre de todo'.¹

La Celestina, a cuyo "Prólogo" pertenece lo anterior, responde a la misma concepción agonista del mundo, indicio de que al menos en ciertos círculos dichas ideas corrían. No interesa aquí rastrear influencias o fuentes; ni saber si Ercilla conocía o no a algunos de los pensadores mencionados. Su utilización permite, simplemente, crear un trasfondo intelectual para una mejor comprensión de *La Araucana*.

2. Contiendas externas y contiendas internas

No cantará, nos dice Ercilla en la primera octava, al amor sino a la guerra. Y buena parte del libro, en efecto, narra la contienda contra los araucanos. Ya que el género épico tiene como tema favorito el bélico, Ercilla simplemente sigue una tradición que se remonta al menos hasta la *Ilíada*, con la que se emparenta en más de un rasgo: el carácter inconcluso de lo narrado, las divisiones internas de los bandos, el respeto para con el adversario, etc. En este plano *La Araucana* no ofrece grandes novedades, a no ser lo contemporáneo de los hechos narrados, bastante anómalo dentro de la tradición².

La guerra contra los araucanos –que nos ubica en el plano más obvio de la lucha: el argumental– no es vista como un episodio aislado, sino como una de las muchas guerras que en diversos frentes libra la nación española, enmarcamiento dado a través de los episodios referentes a San Quintín, Lepanto y Portugal³. La guerra narrada no es, afirma el autor, 'objetivamente' importante, pero ello no impide que la considere digna de una obra épica en la que trabajará por más de veinte años. ¿Por qué, entonces, invertir tal esfuerzo en una guerra periférica, pudiendo escoger un tema más grandioso? Una respuesta aparente es la participación del autor en ella; pero sabemos que no era propio del género escribir sobre experiencias personales. Parte importante de la respuesta apunta en otra dirección: dada una visión del mundo en la que las partes reflejan a la totalidad y todo se rige por las mismas leyes, da lo mismo narrar una guerra importante o una marginal: ambas obedecen a los mismos impulsos, reflejan las mismas pasiones, y deben ser juzgadas con los mismos criterios. Además, el conflicto entre araucanos y españoles está lejos de ser el único del poema, debatiéndose ambos grupos a lo largo de la obra en profundas contradicciones internas. Ercilla acusa a los conquistadores de Chile, y en especial a Valdivia, de una avaricia en la que ve el principal motivo de la guerra. Incluso llega a insinuar una deslealtad al rey en tiempos de Valdivia:

El común, siempre amigo de ruido,
la libertad y guerra deseando,
por su parte alterado y removido,
se va con este són desentonando:
al servicio no acude prometido,
sacudiendo la carga y levantando
la soberbia cerviz desvergonzada,

¹ Rojas, Fernando de, *La Celestina*, ed. de Dorothy Severin, 2ª ed., Madrid, Cátedra, 1988, p. 77.

² Críticos de la épica como Bakhtin todavía hacen de la distancia temporal uno de los elementos centrales del género.

³ Uno de los principios estructurales de *La Araucana* es el artificio de las cajas chinas, que se adecúa perfectamente a la percepción del mundo como una unidad constituida por múltiples planos interrelacionados.

negando la obediencia a Carlos dada.

Valdivia, perezoso y negligente,
incrédulo, remiso y descuidado. (II, 89-90) ⁴

Recordemos que Ercilla no viene a América a luchar contra los indios, sino contra la rebelión encabezada por Francisco Hernández. Después de la guerra araucana se entera de la revuelta de Lope de Aguirre y se propone, sin lograrlo, ayudar a sofocarla.

Los indios tampoco son un grupo homogéneo y se debaten en grandes contradicciones, dándose la principal entre quienes tratan de actuar prudentemente, encabezados por Colocolo, y los que predicán la guerra a muerte sin cesar, encarnados en Tucapel⁵. También hay rivalidades personales y por el poder, que culminan en el combate a muerte entre Tucapel y Rengo en momentos en que ya los araucanos están perdiendo la guerra. Mientras el principal problema de los españoles es la codicia, el de los indios es la tendencia al comportamiento impulsivo e irracional; casi no hay reunión de caciques que no esté a punto de degenerar en pelea generalizada. Hay en ambos bandos fuerzas cohesivas y fuerzas dispersoras, y el predominio de las primeras está constantemente amenazado. Aunque no tan abiertas ni violentas como las externas, las contiendas internas también sacuden a españoles y araucanos.

3. Belicismo y erotismo

Ambos grupos tienen como actividad principal la guerra, en la que invierten la mayor parte de sus energías. De los araucanos se nos describe la educación militar que reciben desde niños, así como su entusiasmo por lo bélico:

En fin, el hado y clima de esta tierra
si su estrella y pronósticos se miran,
es contienda, furor, discordias, guerra,
y a solo esto los ánimos aspiran;
todo su bien y mal aquí se encierra. (I, 45)

¿Es entonces el instinto guerrero el único que aparece en el libro? No: lo erótico⁶ también tiene una fuerte presencia. En el campo araucano se da una división genérica de los instintos, con el erótico representado principalmente por las mujeres; la situación es más compleja en el campo español, ya que con la excepción del propio Ercilla en su triple papel de autor, narrador y protagonista, no hay aquí personajes realmente desarrollados.

Es significativo que Ercilla destierre, desde la octava que abre el libro, el tema del amor:

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados. (I, 1)

⁴ Las citas de *La Araucana* se indican poniendo entre paréntesis el número de canto y octava(s) correspondientes.

⁵ No interesa aquí en absoluto la veracidad histórica de lo narrado, basándose nuestros análisis en las imágenes de los españoles, los araucanos y del propio Ercilla creadas por el texto mismo.

⁶ Utilizo el término "erótico" en su amplio sentido freudiano: deseo de incrementar y reproducir las unidades vivientes. Cf. Freud, *An outline of psychoanalysis*, trans. and ed. James Strachey, New York, W. W. Norton & Company, 1969, p. 5

Esto podría parecer una simple toma de posición frente a Ariosto, pero conforme avanzamos en el texto vemos más y más claramente que el poeta se debate entre su urgencia de cantar al amor y su promesa previa de no hacerlo, hecha a sí mismo tanto o más que al lector. Tal promesa será reiteradamente quebrantada, fenómeno del cual se suele aceptar la explicación del narrador: la monotonía que de otra manera invadiría la obra. Ello es cierto, pero no es lo único ni lo más importante.

Se afirma que uno de los alicientes del viaje de Ercilla a América fue una decepción amorosa, sobre la cual escribió algunos versos. Había llevado hasta entonces (1555) no una vida militar sino cortesana, por lo que su abrupta decisión de irse a guerrear ha sido vista como un intento de olvidar el desengaño amoroso. Estando ya en Chile no se dedica exclusivamente a guerrear, sino que decide escribir su épica, de la que intentará erradicar lo amoroso.

Aunque probable, lo anterior podría ser mera psicología-ficción. Lo que el texto sí indica claramente es que, desde el principio de su escritura, Ercilla percibe el peligro de desviarse del tema bélico y entrar en el amoroso, lo que sucederá rápidamente. A pesar de lo que suele afirmarse, el episodio de Guacolda y Lautaro (canto XIII) no es la primera manifestación del tema amoroso. Negándose a él, Ercilla lo ha mencionado dos veces: en los ya citados versos iniciales, y en los que vienen poco después: "Venus y Amor aquí no alcanzan parte, / sólo domina el iracundo Marte" (I, 10). Ello dentro de la acepción más restringida de lo amoroso. Si rastreamos referencias al instinto erótico en su sentido amplio, las menciones se multiplican. En el canto IV, por ejemplo, las mujeres españolas tratan infructuosamente de evitar la ida de los hombres a la guerra:

Las mujeres de nuevos alaridos
hieren el alto cóncavo del cielo,
viendo al peligro puestos los maridos
y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
con lagrimosos ojos y gemidos
echadas de rodillas por el suelo,
les ponen los hijuelos por delante:
pero cosa a moverlos no es bastante. (IV, 86)

La misma disyuntiva entre lo femenino que opta por la preservación y expansión de la vida, en oposición a lo masculino que opta por la lucha, aparece también en el canto IX, donde frente al mandato del masculino Eponamón de destruir La Imperial, los indios optan por no luchar, siguiendo el consejo de la mujer que se les aparece inmediatamente después⁷. Así, lo erótico se manifiesta lentamente hasta llegar al mencionado episodio de Guacolda y Lautaro. A partir de allí aparece con creciente frecuencia, ya para lamentar el no poder entregarse a él, ya para narrar una historia amorosa.

Otro hecho interesante: solamente dos veces se presenta Ercilla, en cuanto personaje, en acciones bélicas: al decidir asaltar una posición araucana salvando con ello la batalla (canto XXVIII) y cuando, a pesar suyo –lo que es significativo– persigue a unos indios:

Oyendo, pues, mi nombre conocido
y que todos volvieron a mirarme,
del honor y vergüenza compelido,
no pudiendo del trance ya excusarme,

⁷ Muy freudianamente la represión del instinto de agresión, inherente según Ercilla a la nación araucana, causará perturbaciones de todo tipo, tanto en la naturaleza como en la sociedad: sequías, canibalismo, parricidios y filicidios, etc.

por lo espeso del bosque y más temido
comencé de romper y aventurarme. (XXVI, 16)

Esto contrasta con la frecuencia con que se presenta oyendo, con simpatía e interés inagotables, todo tipo de historias amorosas. Emblema de esta opción es el episodio en que Ercilla salva a Cariolán de ser muerto por los españoles y, posteriormente, le permite reunirse con su esposa: gracias a él Eros triunfa sobre Thanatos. Ercilla no carece de impulsos guerreros, pero en la lucha interna que hace de él otro campo de contienda lo erótico es tan fuerte como lo bélico. Este conflicto interno se da también en otros personajes; basta pensar en Glauro: "En tanta pena y confusión envuelta, / de contrarios y dudas combatida" (XXVIII, 38), o en los españoles de Concepción, debatiéndose entre el temor a los araucanos y el deseo de defender sus posesiones:

Dos varias partes eran admitidas
del temor y el amor de la hacienda:
la poca gente, muertes y heridas
dicen que la ciudad no se defienda;
las haciendas y rentas adquiridas
al liberal temor cogen la rienda. (VII, 12)

Por otro lado, la lucha misma no es un fenómeno monolítico. Ella provoca la desintegración de los lazos que existen entre los seres y permiten su pervivencia, aspecto enfatizado tanto por Empédocles como por Freud, quienes definen el impulso destructivo por su capacidad desunificadora. En *La Araucana* ello se evidencia en el rompimiento, durante las batallas, de los lazos usuales de lealtad:

la inútil gente, mísera, impedida,
que a la amiga nación iba invocando
la ayuda en vano a la amistad debida,
poniéndole delante con razones
la deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque más las razones obligaban,
si alguno a defenderlos revolvía,
viendo cuanto los otros se alargaban,
alargarse también le convenía;
ni a los que por amigos se trataban,
ni a las que por amigas se debía,
con quien había amistad y cuenta estrecha,
llamar, gemir, llorar les aprovecha (VI, 20-1),

concluyendo algunas páginas después: "el hermano no escucha al caro hermano, las lástimas allí son excusadas" (VI, 52). Pero la lucha no sólo conduce a la destrucción de los conglomerados existentes sino que, heraclíteamente, también constituye un lazo de unión, tanto entre los antagonistas como entre los múltiples planos en que se manifiesta.

La idea de que la contienda vincula a los antagonistas impregna todo el libro, en especial en el plano ético. Se muestra en la entrada de la codicia en el campo araucano al contacto con las riquezas de los españoles, o en la escena en que los indígenas, tras derrotarlos, se visten de españoles, estableciendo una igualdad simbólica con quienes previamente creían superiores, y a los

que se reconoce ahora como iguales en la lucha armada⁸. Pero el mejor ejemplo es Ercilla mismo, quien encuentra a 'el otro' en plena lucha con él. Basta comparar la actitud de Ercilla ante los araucanos (con quienes lucha y a los que respeta) y los negros (con quienes no lucha y a los que desprecia), para ver los lazos creados por el antagonismo.

Tenemos, entonces, como fuerzas básicas lo que Empédocles llamó Amor y Discordia, y Freud instinto de vida e instinto de destrucción. Aparentemente la contienda estaría de un lado y el amor de otro, pero la realidad pintada por Ercilla es más compleja. Si la primera actúa estableciendo también relaciones y no sólo destruyéndolas, el amor muchas veces lleva a la destrucción, de lo que Ercilla da un famoso ejemplo: el suicidio de Dido por amor al muerto Siqueo. Las principales heroínas de *La Araucana* poseen un impulso erótico que se convierte fácilmente en instinto de destrucción; tal el caso de Guacolda.

Estas fuerzas no existen independientemente, sino trabadas en combate por ver cuál domina en los diferentes campos de batalla. A nivel general, la lucha entre las tendencias está simbolizada en los binomios mujer-amor / hombre-destrucción: en los personajes femeninos suele dominar el impulso amoroso y en los masculinos las tendencias destructivas⁹, lo que bien puede ser la razón principal de la simpatía de Ercilla por sus heroínas. Lo vemos, en su faceta de protagonista, oyendo y ayudando mujeres como casi no lo hace con hombres. Citemos dos hechos significativos: cuando Ercilla entra en comunicación personal con los araucanos suele ser, como en el caso de Cariolán, para intentar salvarles la vida y/o permitirles reunirse con sus mujeres; con sus compatriotas, en cambio, no tiene sino un momento de camaradería, oportunidad en que defiende el honor de Dido, injustamente vilipendiado por Virgilio. Ercilla admira los hechos militares masculinos pero sus acciones se orientan más hacia lo erótico¹⁰.

4. Juego, razón, justicia y Fortuna

La lucha presenta en *La Araucana* algunos rasgos sobresalientes, siendo el primero su relación con el juego. Hay en la contienda cierto carácter lúdico, así como elementos agonistas en el juego: se utilizan símiles lúdicos para describir la actividad bélica, pensada a veces por los indios como 'el juego' (cf. V, 6); las victorias dan origen a juegos celebratorios que incluyen todo tipo de contiendas, las que a su vez pueden originar sangrientas luchas como la de Ormpello y Leucotón.

Otro rasgo es la racionalidad que debe presidir la contienda. Hay afirmaciones explícitas en boca de personajes como Lautaro:

Amigos, si entendiése que el deseo
de combatir, sin otro miramiento,
y la fogosa gana en que os veo
fuese de la victoria el fundamento,
hágoos saber de mí que cierto creo
estar en vuestra mano el vencimiento.

.....
Mas no es sólo con ánimo adquirida

⁸ La necesidad, en contextos coloniales, de matar a miembros del grupo dominante como único medio de establecer relaciones de igualdad, es analizada en *Los condenados de la tierra*, del siquiatra argelino Frantz Fanon.

⁹ Tales divisiones no son absolutas sino tendencias generales. Contraejemplos femeninos serían Fresia, doña Mencía de Nidos y la esporádica actividad bélica de las araucanas. Nótese, sin embargo, su escaso desarrollo en comparación con las 'heroínas amorosas'. Entre los hombres, basta pensar en Ercilla.

¹⁰ No se debe perder de vista el sentido amplio en que este término es aquí utilizado.

una cosa difícil y pesada:
 ¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida,
 si tenemos la fuerza limitada?
 Mas ésta, aunque con límite, regida
 por industrioso ingenio y gobernada,
 de duras y de muy dificultosas
 hace llanas y fáciles las cosas

 habéis por la razón de gobernaros. (XII, 48-9, 53)

Esta actitud no es aislada ni puramente discursiva. La educación guerrera araucana no sólo fomenta la combatividad sino que la encauza de la manera más racional posible; cada soldado, por ejemplo, se especializa en el arma a la que desde niño muestre más afición. Personajes como Colocolo tratan de racionalizar la guerra como único modo de poder triunfar, lo que Ercilla enfatiza al atribuir a la irracionalidad e indisciplina la pérdida de batallas (Cf. canto VIII). Aun durante la infernal batalla de Lepanto, cuando parecen reinar las fuerzas del caos, hay una cierta armonía subyacente: "todo en revuelta confusión hacía / espectáculo horrible y armonía" (XXIV, 41).

La lucha debe ser guiada por la razón para poder ser calificada de justa, pero no siempre es así. El narrador toma una clara posición al respecto, diciendo que cuando es producto de la jactancia, rencor, odio, venganza o vanagloria "es el combate injusto, es prohibido, \ aunque esté en la costumbre recibido" (XXX, 6). La racionalidad de los medios con que se lucha no garantiza la de la lucha misma ni la de sus resultados. Un ejemplo lo encuentra el narrador en los duelos, en los que no siempre vence el justo.

El problema de las relaciones entre lucha y justicia, álgido en tiempos de la conquista, demanda por su complejidad un análisis imposible de ser emprendido aquí, por lo que nos limitaremos a apuntar unos pocos elementos destacados.

Para Ercilla, como para Anaximandro, la lucha tiene por origen la injusticia, unida en aquél más a la noción de pecado que a la de desequilibrio:

La guerra fue del cielo derivada
 y en el linaje humana transferida,
 cuando fue por la fruta reservada
 nuestra naturaleza corrompida;
 por la guerra la paz es conservada
 y la insolencia humana reprimida;
 por ella a veces Dios el mundo aflige,
 le castiga, le enmienda y le corrige. (XXXVII, 2)

De ahí que se expliquen algunas derrotas españolas como castigo divino de la soberbia y la codicia. Ahora bien, si la lucha, al tiempo que un castigo de los pecados es también uno de los modos de repararlos, podemos preveer que su ausencia puede ser indicativa, en ocasiones, no de una inalcanzable perfección humana (que la tornaría innecesaria), sino de una sostenida injusticia. Esta posición, postulada por Heráclito, aparece efectivamente en *La Araucana*. Por ejemplo, nos dice de los araucanos:

Los cargos de la guerra y preeminencia
 no son por flacos medios proveídos,
 ni van por calidad, ni por herencia,
 ni por hacienda y ser mejor nacidos;
 mas la virtud del brazo y la excelencia,

ésta hace los hombres preferidos,
 ésta ilustra, habilita, perficiona
 y quilata el valor de la persona. (I, 17)

Al par que elogio de los araucanos lo anterior es ataque al funcionamiento de la sociedad española, en donde tales cargos son adjudicados no por méritos obtenidos en luchas militares ('la virtud del brazo'), ni por una 'competencia' moral ('la excelencia'), sino por medios 'flacos': herencia, calidad, hacienda. Hay, entonces, una clara relación entre lucha y justicia, que no implica, sin embargo, la igualdad victoria-justicia. Dicha igualdad, famosamente expuesta por Calicles en *La República*, aparece en *La Araucana* en labios de Galbarino, quien la utiliza para incitar a la lucha a los desmoralizados araucanos. No obstante, ello parece ser un mero elemento retórico, lo que es recalcado cuando el mismo Galbarino, tras una derrota araucana y a punto de ser ejecutado, defiende la justicia de su causa.

Lo anterior entronca con las reflexiones sobre la Fortuna, muy en boga en aquel momento. Para Ercilla, como para Maquiavelo, la Fortuna es una fuerza mudable y sin gran relación con la justicia, a quien con frecuencia aplasta:

ya la incierta Fortuna variable
 que dudosa hasta entonces había estado,
 aprobó la maldad, y dio por justa
 la causa y opinión hasta allí injusta. (III, 57)

No obstante, para ambos ella es vencible, al menos parcialmente, mediante la lucha, a la que en algún modo está subordinada. Según nos dice Maquiavelo en *El Príncipe*, ella es como las crecientes de los ríos: imposibles de evitar, pero controlables mediante el esfuerzo humano representado en diques, embalses, rebalses, etc. Manifestación concreta de esta problemática es la oposición entre quienes auguran y quienes sólo creen en el esfuerzo, que culmina cuando Tucapel mata al augur Puchecalco. Esta pugna es clásica en la literatura bélica, encontrándose ejemplos en Homero y Julio César.

5. La honra araucana

Lo anterior abre interesantes posibilidades interpretativas a uno de los aspectos fundamentales de la obra, el axiológico, uno de cuyos puntos más discutidos es la posición de Ercilla ante los araucanos. Considero que Ercilla presenta a los araucanos en pie de igualdad con los españoles, no como inferiores. Esta igualdad básica, que no anula las diferencias entre ambos pueblos, se afirma de muchas maneras, y en especial mediante la adjudicación a los araucanos de la cualidad que en buena parte de la literatura española de la época da su valor al ser humano: el honor. Son múltiples las afirmaciones del honor araucano, por el que se manifiesta constantemente un gran respeto. Claro que este enaltecimiento del rival es, como lo ve Ercilla, una necesidad del género épico: "pues no es el vencedor más estimado \ de aquello en que el vencido es reputado" (I, 2).

Pero ello no invalida la igualdad. Durand observa que el honor araucano, por lo apasionado y constante de su tratamiento, no puede ser reducido a mera convención literaria¹¹. Ercilla sabe lo inusual de sus alabanzas a los contrincantes, y trata de justificarlas en sus prólogos: "Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos" (prólogo a la primera parte), poniendo como testigos a los protagonistas

¹¹ Cf. Durand, José, "El chapetón Ercilla y la honra araucana", *Filología*, 10, 1964, pp. 113-134.

de las acciones narradas. Tampoco se puede ver como pura convención literaria el honor atribuido a las araucanas, del que Glaura es buen ejemplo:

Fui dellos prestamente despojada
de todo cuanto allí venía vestida,
aunque yo triste no estimaba en nada
el perder los vestidos y la vida;
pero el honor y la castidad preciada
estuvo a punto ya de ser perdida. (XXIII, 24)

Una vez más: no importa la veracidad o no de tales acontecimientos y reacciones, ni que el concepto del honor y la defensa de la castidad atribuidos a las araucanas sean sospechosamente similares a los de la sociedad española. Lo significativo es la valoración implícita, que las iguala no sólo a las españolas, sino también a heroínas clásicas como Dido, Penélope o Lucrecia:

Bien puede ser entre éstas colocada
la hermosa Tegalda, pues parece
en la rara hazaña señalada
cuanto por el piadoso amor merece:
así, sobre sus obras levantada,
entre las más famosas resplandece. (XXI, 4)

Ahora bien: si se acepta esta lectura igualitaria, ¿cómo explicar esta actitud de Ercilla? Se ha hablado de lascasianismo, pero ello es, cuando menos, insuficiente. Los araucanos, en efecto, son pintados con rasgos muy alejados de los que movían el amor a los indios del ilustre fraile:

Los que Lautaro escoge son soldados
amigos de inquietud, facinerosos,
en el duro trabajo ejercitados,
perversos, disolutos, sediciosos,
a cualquiera maldad determinados,
de presas y ganancias codiciosos,
homicidas, sangrientos, temerarios,
ladrones, bandoleros y corsarios. (XI, 35)

Que descripciones como la anterior no escaseen hace sumamente significativa la posición de Ercilla, imposible de ver como producto de idealización, lástima o condescendencia. Ercilla admira a los araucanos: ¿qué criterio ético fundamenta esta admiración? Una moral guerrera y aristocrática, cuyos principios básicos son dos: a) la valoración no-pragmática de los acontecimientos y b) la estricta adherencia a un código de honor ante el cual ceden criterios valorativos como la etnia, el género o el nivel tecnológico.

La valoración no-pragmática de los acontecimientos es afirmada en el prólogo a la segunda parte, al justificar la inclusión de las batallas de Lepanto y San Quintín:

Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los araucanos, pues ha más de treinta años que sustentan su opinión, sin jamás habérseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenían, por no dejar qué gozar al enemigo; mas sólo defienden unos terrones secos... y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga y campo abierto a los escritores.

Lo que hace las guerras araucanas y sus combatientes dignos de una gloria no inferior a la de los participantes de las más grandes batallas, no es su importancia histórica, material o estratégica, sino la adherencia al código de honor que valora sobre todo la entereza y el coraje. Dado que este código puede ser adoptado por los más diversos seres humanos, no serán factores como la nacionalidad o la religión los que definan el valor de una persona o pueblo, sino su conducta. Conceptos como 'los españoles' o 'los indios' pierden todo carácter monolítico, ya que en ambos grupos hay quienes se adhieren y quienes no a tal código¹². Este código de honor, cuyos puntales son la valentía, la entereza y la caballería¹³, sobrepasa en importancia a todos los demás factores, incluido el religioso. No importa que Galbarino llame 'malditos' a los cristianos, ni su deseo de hacerles todo el daño posible: por su valentía Ercilla se opone a su ejecución, como se opone, a veces con éxito, a todas las ejecuciones de indígenas, afirmando que tan bravos guerreros no merecen ser muertos fuera de batalla.

Ver en la no-cristiana Dido a la mujer ideal, o escribir sobre Lepanto:

Así pues del cristiano y turco bando
cada cual inquiriendo un fin honroso,
procuraban matando, como digo,
morir en el bajel del enemigo. (XXIV, 63),

son elementos que apuntan en la misma dirección. No es coincidencia que Ercilla considere la codicia el principal defecto español: ella implica el uso de un criterio pragmático-monetario para valorar las acciones, criterio opuesto al código guerrero que, por ejemplo, condena inapelablemente la traición aun cuando, como en el caso de Andresillo, permita a los españoles una victoria decisiva.

Este código también rige ese otro tipo de lucha que es la escritura. Ercilla trata de presentar las acciones juzgando con los mismos parámetros a ambos contendientes. Si la crueldad y la codicia son detestables, no se presentan sólo las de un bando, sino las de ambos; si el desinterés y la valentía son respetables, se elogian dondequiera que ocurran. Ercilla sabe que su punto de vista, aunque comprensivo, es limitado, y trata desesperadamente de vencer esta limitación dando la palabra a los araucanos quienes, en largos discursos, expresan lo que Ercilla supone son sus puntos de vista. Tales puntos de vista no suelen ser juzgados explícitamente, y cuando lo son el juicio suele ser positivo, e incluso utilizado para criticar la conducta española. Andrés Bello observó esta falta de chauvinismo: "Ercilla no se propuso, como Virgilio, halagar el orgullo nacional de sus compatriotas. El sentimiento dominante de la Araucana es de una especie más noble: el culto de la justicia, una admiración generosa al patriotismo y denuedo de los vencidos"¹⁴.

6. La unidad de la experiencia humana

El mundo de *La Araucana* es complejo, y no puede ser encuadrado en ningún tipo de esquematismo o maniqueísmo. Tan atento a lo noble como a lo atroz, Ercilla no idealiza ni escarnece. Se ha dicho que idealiza a las araucanas, pero en muchas partes las describe como brutales, capaces de llegar al filicidio en sus raptos de cólera. Podría pensarse que idealiza la lucha,

¹² Contrastar, por ejemplo, la conducta de los españoles antes y después de la llegada de Ercilla; o la de los araucanos y las otras tribus indígenas (XIV, 20 y 23).

¹³ De ésta abundan los ejemplos entre ambos bandos. Menciono aquí dos: Tucapel arroja su maza al suelo cuando a Rengo se le quiebra la suya durante el duelo a muerte entre ambos; don García pide a los españoles que no desdoren sus victorias con conductas no caballerescas para con los vencidos.

¹⁴ Bello, Andrés, "La Araucana", *Obras Completas*, Caracas, Ministerio de Educación, vol. 9, p. 360.

pero denuncia como inaceptable y bestial toda contienda injustificada. El horror de la guerra es pintado con profusión de sangre, muerte y sufrimiento entre soldados y civiles, y tras presenciar la escena en que un grupo de mujeres embarazadas es masacrado y sus fetos extraídos de los vientres, es difícil defender que se dé tal idealización.

En Ercilla, como en Heráclito, la realidad es maleable, siendo la contienda una de las fuerzas que la configuran. *La Araucana* misma es modelada por la lucha, y ello en tres planos diferentes: a) el argumental: se presenta como la narración poética de varias contiendas, siendo la que enfrenta a españoles y araucanos la central pero no la única; b) el psicológico: su producción se relaciona con conflictos internos de Ercilla, quien infructuosamente busca reprimir su atracción por lo amoroso; c) el estructural (y no estudiado aquí): el texto se construye agonísticamente, mostrando los conflictos envueltos en su ejecución. Abundan los momentos en que Ercilla describe el cansancio que le provoca la escritura, o su frustración por no poder, pese a su lucha con el lenguaje, construir un discurso que lo satisfaga; también hace ver lo arbitrario tanto de su selección de materiales, como de la estructuración a que los somete. El texto inscribe y muestra tanto lo contingente de su construcción, como las luchas implicadas en su escritura.

La casi omnipresencia en *La Araucana* de conflictos y oposiciones, lejos de atomizarla le da una peculiar coherencia, una unidad basada no en la armonía de elementos similares, sino en la tensión de opuestos que, sin anularse ni asimilarse entre sí, constituyen unidades mayores, como obedeciendo los dictados del instinto erótico freudiano. Esta unidad textual mimetiza, a su vez, la que el texto postula sobre la experiencia humana.

La afirmación del carácter unitario de la experiencia humana recorre *La Araucana* como un hilo conductor que enlaza sus planteamientos y fundamenta su visión ética. Que seres humanos de las más diversas culturas puedan adherirse a un mismo código ético sólo es posible por la comunidad de sentimientos y valores que mueven a estos seres. Si podemos comprender a los demás, señala el texto reiteradamente, es por cierta similitud de sus experiencias y las nuestras. Glaura, cuyas miserias se originan en el asedio amoroso de Fresolano, lo recordará diciendo:

conocí que su intento y mal deseo
de los honestos límites salía;
mas, ¡ay!, en el que yo padezco, veo
lo que el mísero entonces padecía. (XXVIII, 12)

Su experiencia del deseo le permite comprender el del otro, impidiéndole dar condenas tajantes. Esta misma comprensión es exhibida reiteradamente por el narrador, de lo que es ejemplo su reacción ante Lauca, quien le solicita la muerte tras la pérdida de su amado:

Así la triste joven luego, luego,
demandaba la muerte, de manera
que algún simple de lástima a su ruego
con bárbara piedad condescendiera;
mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
labró en mi inculto pecho, viendo que era
más cruel el amor que la herida,
corrí presto al remedio de la vida. (XXXII, 40)¹⁵

¹⁵ Se ha esgrimido como prueba del desengaño amoroso de Ercilla, posible catalizador de su viaje a América, una glosa suya. Este pasaje arroja luz adicional al respecto.

Como en el caso de Glaura y Fresolano, aquí la experiencia común posibilita la comprensión del otro, y Ercilla logra convencer a Lauca de que continúe viviendo. Tal comprensión no se plantea como espontánea, sino naciendo de la toma de conciencia de la similitud de la experiencia humana. Anaximandro ya había visto la importancia epistemológica de lo compartido, y funda su teoría del conocimiento en la igualdad de los componentes elementales de todos los seres: "Porque con tierra vemos la tierra, el agua con el agua, con aire el brillante aire, con fuego el fuego consumidor; con Amor vemos Amor, y con Discordia la horrible Discordia"¹⁶.

La comunidad de la experiencia humana convierte el viaje de Ercilla a América, su contacto con los araucanos, en un viaje de autoconocimiento. No otro sino él mismo es el principal personaje de su escritura, lo que alienta al lector a serlo de su lectura. No es imposible que sea éste uno de los principales valores de la obra.

*

BIBLIOGRAFÍA

- AUBRUN, Charles V. "Poesía épica y novela: el episodio de Glaura en *La Araucana* de Ercilla". *Revista Iberoamericana*, 31 (1956), 261-73
- BELLO, Andrés. "La Araucana". *Obras Completas*. Vol. 9. Caracas, Ministerio de Educación, s.f. 349-62.
- BOCAZ, Aura. "El personaje Tegualda, uno de los narradores secundarios de *La Araucana*". *Boletín de Filología*, 27 (1976), 291-4.
- DURAND, José. "Caupolicán, clave historial y épica de *La Araucana*". *Revue de Littérature Comparée*, 52 (1978), 367-89.
- "El chapetón Ercilla y la honra araucana". *Filología*, 10 (1964), 113-34.
- "La Araucana en sus 35 cantos originales". *Anuario de Letras*, 16 (1978), 291-4.
- ERCILLA, Alonso de. *La Araucana*. México, Porrúa, 1986.
- FLORIT, Eugenio. "Los momentos líricos de *La Araucana*". *Revista Iberoamericana*, 33 (1967), 45-54.
- FREUD, Sigmund. *An Outline of Psychoanalysis*. Trad. y edit. James Strachey. New York, W. W. Norton, 1969.
- "Analysis Terminable and Interminable". *The Standard Edition of the Complete Psychological Works*. Ed. James Strachey. Vol. 23. London, Hogarth, 1973. 209-53. 24 vols.
- FROMM, Erich. *Greatness and Limitations of Freud's Thought*. New York, New American Library, 1981.
- KIRK, G. S., J. E. RAVEN, M. SCHOFIELD. *The Presocratic Philosophers*. 2nd edit. Cambridge, Cambridge UP, 1987.
- LIDA, María Rosa. "Dido y su defensa en la literatura española". *Revista de Filología Hispánica*, 4 (1942), 320-82.

¹⁶ Kirk. G. S., J. Raven, M. Schofield, *The Presocratic Philosophers*, second edition, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, § 393, fr. 109, p. 311.

- MEDINA, José Toribio. "Las mujeres de *La Araucana*". *Hispania* 11 (1928), 1-13.
- MORÍNIGO, Marcos A. "Españoles e indios en *La Araucana*". *Filología*, 15 (1971), 205-13.
- PIERCE, Frank. "Some Themes and their Sources in the Heroic Poem of the Golden Age". *Hispanic Review*, 14 (1946), 95-103.
- SCHWARTZ LERNER, Lía. "Tradicón literaria y heroínas indias en *La Araucana*". *Revista Iberoamericana*, 38 (1972), 615-25.

*

HERRERA Bernal, "*La Araucana*": *conflicto y unidad*. En *Criticón* (Toulouse), 53, 1991, pp. 57-69.

Resumen. El artículo explicita los múltiples conflictos, argumentales y estructurales, presentes en *La Araucana*, utilizando como contexto la visión agonista de los filósofos presocráticos y de Freud. Las diversas manifestaciones de lucha contenidas en el texto son analizadas, enfatizándose sus implicaciones éticas. Se defiende la tesis de que Ercilla sitúa a los araucanos en pie de igualdad ética con los españoles, explicándose éste fenómeno, no como lascasianismo, sino como derivación de la ética aristocrática y guerrera del autor.

Résumé. Les multiples conflits (argument et structure) contenus dans *La Araucana* et vus selon la vision agonique des philosophes présocratiques et de Freud, avec une insistance sur les implications éthiques de ces mêmes conflits. L'idée est que Ercilla situe les Araucans sur un pied d'égalité, du point de vue de l'éthique, avec les Espagnols, et ce non dans la ligne des idées de Las Casas, mais comme conséquence de l'éthique aristocratique et guerrière de l'auteur.

Summary. In this article, the multiplicity of plot and structural conflicts present in *La Araucana* is made explicit, using the pre-Socratic philosophers' and Freud's agonistic worldview as a frame. The diverse manifestations of conflict within the text are analyzed, emphasizing their ethical implications. The idea that Ercilla posits the Araucanos as ethically equal to the Spaniards is defended, and is interpreted not as 'lascasianism' but as a consequence of the author's aristocratic and military ethics.

Palabras clave. Ercilla. *La Araucana*. Guerra. Ética aristocrática y militar.

CALDERÓN

DE LA BARCA

et le grand théâtre du monde

Didier Souiller

Ancien élève de l'École Normale Supérieure
Maître de conférences de Littérature comparée
à l'Université de Dijon

Table

<p>Introduction 5</p> <p>PREMIÈRE PARTIE</p> <p>UNE VIE DANS LE SIÈCLE (D'OR)</p> <p>1 - <i>Formation intellectuelle</i> 21</p> <p style="padding-left: 20px;">L'élève des jésuites 21</p> <p style="padding-left: 20px;">L'Université et la néo-scolastique espagnole 31</p> <p style="padding-left: 20px;">Culture et héritage littéraire 35</p> <p>2 - <i>Le milieu : le poids des croyances et des comportements</i> 48</p> <p style="padding-left: 20px;">Le modèle ascétique 49</p> <p style="padding-left: 20px;">La violence et son refoulement 58</p> <p style="padding-left: 20px;">Les contradictions du comportement social 63</p> <p style="padding-left: 40px;">L'honneur revendiqué et maudit, 63 ; La femme désirée et interdite, 69.</p> <p>3 - <i>Le « cas » Calderón : sublimation ou refoulement ?</i> 74</p> <p style="padding-left: 20px;">Violence et passion (1623-1650) 77</p> <p style="padding-left: 20px;">Le tourment de 1650 et le choix de Dieu 83</p> <p style="padding-left: 20px;">Prêtre ou écrivain courtois (1652-1681) ? 88</p> <p>DEUXIÈME PARTIE</p> <p>LE PERSONNAGE CALDERONIEN : ENTRE LE DÉSIR ET LA NÉCESSITÉ DU SALUT</p> <p>1 - <i>Le désir individualiste et anarchoisant</i> 103</p> <p style="padding-left: 20px;">Un être « sans frein » 103</p> <p style="padding-left: 40px;">Trois figures du désir, 110.</p>	<p>Père et fils : un conflit obsessionnel et ambigu 123</p> <p style="padding-left: 20px;">Désordre et culpabilité diffuse, 136.</p> <p>Un monde en lutte constante 147</p> <p>L'absurde entrevu 165</p> <p>2 - <i>L'âme et la nécessité du salut</i> 177</p> <p style="padding-left: 20px;">Le modèle omniprésent de la tentation 179</p> <p style="padding-left: 20px;">L'aporie centrale : Dieu et la liberté de l'homme 194</p> <p style="padding-left: 20px;">« La plus haute victoire » : se vaincre soi-même 213</p> <p>TROISIÈME PARTIE</p> <p>« LE GRAND THÉÂTRE DU MONDE » : LA QUESTION ONTOLOGIQUE</p> <p>1 - <i>Le développement systématique d'une formule baroque</i> 227</p> <p style="padding-left: 20px;">Regards sur la comédie sociale 227</p> <p style="padding-left: 20px;">La découverte du théâtre intérieur 241</p> <p style="padding-left: 20px;">« La Vie est un songe » 250</p> <p style="padding-left: 20px;">Profusion des apparences et soif de l'Être 264</p> <p style="padding-left: 20px;">Une dramaturgie de l'erreur et de la confusion 284</p> <p>2 - <i>La récupération du théâtre : un art de l'apparence</i> 298</p> <p style="padding-left: 20px;">Dévalorisation du <i>logos</i> et retour du <i>mythos</i> 299</p> <p style="padding-left: 40px;">Crise du langage et composition « musicale », 300 ; L'élaboration d'une mythologie, 313 ; Le réel transfiguré par le symbole, 320.</p> <p style="padding-left: 20px;">Le théâtre quand même : une défense... sans illusion 333</p> <p style="padding-left: 40px;">Vers le spectacle total, 335 ; Calderón, théoricien ?, 343 ; Le chant des apparences, 348 ; La dénonciation de l'illusion théâtrale et l'ultime ambiguïté du <i>gracioso</i>, 361.</p> <p>Conclusion 375</p> <p>Repères chronologiques 379</p> <p>Chronologie des principales œuvres citées 383</p> <p>Bibliographie 385</p>
---	---